

# Espacios de cultura alternativos en Bilbao: ensayo de aproximación conceptual

*Dra. Enriqueta Sesmero*

Eusko Ikaskuntza - Sociedad de Estudios Vascos. Miembro del  
Comité organizador del IV Symposium

En la periferia física de la urbe –con respecto al núcleo donde se concentran sus centros rectores financieros, comerciales y políticos- y en la minoría conceptual y práctica, que no en la marginalidad, surgen ámbitos estructurados con vocación de permanentes para ofrecer una alternativa a las iniciativas institucionalizadas. Su coherencia interna de “principios” y sus pautas de autodefinition y praxis los vuelven muy especializados y, por ello mismo, complementarios y necesarios en el entramado cultural de la ciudad.

La ponencia recorre a vuelapluma su amplio abanico, explica los hilos conductores seguidos para configurar la jornada, y termina planteando una reflexión sobre el reto que supone articular equitativamente esta variada oferta para hacer de nuestra villa un foco dinamizador a escala europea sin que por ello pierda su propia identidad.

Hiriaren kanpoaldean -erdigunean baitaude ekonomiaren, komertzioaren eta politikaren zentro zuzentzaileak- eta hiritar gutxien batzen den zentroetan (ez marginaletan) erakundeek ekimenez gain, beste alternatiba batzuk eskaintzeko zentro iraunkorrak sortu dira. “Irizpideen” barne koherentziari eta autodefinitzoiari eta praxiaren jarraibideei esker, oso espezialduak izaten dira eta, beraz, osagarriak eta beharrezkoak hiriko kultura eskaintzan.

Ponentzia honetan kulturaren esparru zabala gainetik azaltzen da, baita jardunaldia prestatzeko jarraibideak ere, eta amaitzeko, eskaintza zabal hori modu egokian banatzeak dakarren erronka aztertuko du, gure hiriaren berezko izaera galdu barik, eta European gune dinamizatzailea izatea lortu nahi dela ahaztu gabe.

On the physical periphery of the city - with respect to the nucleus where its governing financial, commercial and political centres are concentrated - and within the conceptual and practical minority, not to say within marginality, structured ambits arise with the permanent vocation of offering an alternative to the institutionalised initiatives. Their internal coherence of “principles” and their patterns of self-definition and praxis make them highly specialised and, for this very reason, complementary and necessary in the cultural framework of the city.

The paper briefly reviews their broad range, explains the guiding themes followed to give shape to this conference session, and ends by posing a reflection on the challenge posed by the equitable articulation of this varied offer in order to make our city into a dynamic focus on a European scale, without losing its own identity because of this.

*ni vuestros dioses ni vuestras leyes  
podrán cortar mis alas de libertad*

(Pintada en la calle Quintana de Bilbao)

## **0. Presentación: Fuentes y perspectiva**

Plantear una panorámica de los *espacios culturales alternativos bilbaínos* en una quincena de páginas -en origen, en cien diapositivas- es tan sugerente como arriesgado, pues cualquiera de las cuatro palabras del sintagma plantea serios problemas de contenido. Sus connotaciones, abundantes, son difíciles de precisar de forma breve y abstracta, y a menudo están cargadas de subjetividad. ¿Qué es la cultura? Alternativos, ¿con respecto a qué o quiénes? ¿Dónde está el límite entre los espacios públicos y los privados? ¿Es posible, y con qué criterios, taxonomizar la pléyade de asociaciones, colectivos y grupos que aparecen y desaparecen con las más variadas ofertas, desde un taller literario a fiestas gastronómicas o conciertos?

Las líneas que siguen van a exponer una pequeña, muy pequeña parte de la cuestión. Son, ya lo advierten, un ensayo; es decir, como fija el Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua con cierto deje despreciativo, un «escrito, generalmente [*y aquí más de lo que debiera*] breve, constituido por pensamientos del autor sobre un tema, sin el aparato ni la extensión que requiere un tratado completo sobre la misma materia». Los documentos notariales del Archivo Histórico Provincial de Bizkaia, los fondos judiciales del Corregimiento de Bizkaia (que incluyen los restos de los expedientes del Juzgado de Primera Instancia del Bilbao decimonónico) custodiados en el Archivo Foral de Bizkaia y lo por fin sacado a la luz del Archivo Municipal de nuestra villa, depositado en ese último centro, cimentan el grueso de las reflexiones sobre el pasado. La “lectura” urbanística de Bilbao ha aplicado esa información a la realidad actual a base de suela de zapato. La asistencia a los espacios en cuestión, los comentarios de quienes acudían y allí sentían, y las amenas charlas con los representantes de los llamados a Bidebarrieta y con otros a quienes esperamos dar turno un día han animado el resto de las reflexiones, con las que es probable que los interesados no siempre se identifiquen.

Y es que quien esto redacta es una señora que se acerca al final de la treintena, historiadora de lo socioeconómico por formación y dedicación profesional, espectadora/usuario pasiva, o conocedora indirecta, de bastantes de los objetos de su análisis y no ligada a la gestión de ninguno de ellos. Esta auto-definición es conveniente para comprender la óptica del análisis, deliberadamente intentado desde fuera y con parámetros académicos convencionales. Otra salvedad: como por fonética evolutiva y por desgracia el castellano toma como desinencia del neutro plural la del masculino, entiéndase que “los pro-

motores” de estos ámbitos son “l@s promotor@s”, etc. Promueven... ¿qué? En tres palabras: ¿de qué tratamos?

## 1. ¿Qué son los espacios de cultura alternativos?

### 1.1. Unos debatidos conceptos previos

Quien esto lee sin duda espera una *definición* de los espacios de cultura alternativos. Fijar con exactitud lo que son y suponen no es fácil, dada su heterogeneidad. De entrada, tengamos siempre en mente una imagen urbana, extrapolable a localidades de muy diverso tamaño pero siempre diferenciada de la morfofuncionalidad rural. Intentemos ahora precisar. Grosso modo, se trata de lugares físicos o virtuales, creados por personas o modificados sustancialmente por éstas, no regidos por instituciones públicas ni por grandes grupos de inversión o poder, en que se desarrollan actividades en esencia culturales relacionadas bien con el desarrollo artístico o intelectual del ser humano, bien con expresiones de la idiosincrasia del pueblo o grupo social que las practica o con elementos de aquél y de éstas a un tiempo, con participación minoritaria o mayoritaria pero *no* integradas en lo considerado como normativo (oficial y/o pauta de comportamiento predominante) en una determinada sociedad. Es palpable la insuficiencia de esta teorización, por lo que vamos a acotarla.

Aquí comienzan nuestros problemas. Ni siquiera *Bilbao-ciudad* en sí es definible con exactitud para el propósito que nos ocupa. A mediados del XIX la burguesía bilbaína sentía sus ambiciones de expansión económica y residencial encorsetadas dentro de una jurisdicción estrecha, que la organización local de tipo foral le dificultaba ampliar porque los límites de los municipios circundantes se consideraban invariables. Los muelles y sus talleres y almacenes asociados, desde La Naja a Zorroza; las huertas y viñas chacolineras que nutrían el mercado, con los celebérrimos tomates deustoarras a la cabeza; los solares para edificar mansiones de lujo en parajes amenos, como Indautxu o el Campo del Volantín, pertenecían, pues, al capital bilbaíno pero se hallaban dentro de Abando, Begoña o Deusto. En 1870, aprovechando el viraje político estatal en favor de un liberalismo “progresista”, la élite bilbaína consiguió anexionarse la parte de aquellas tres localidades más ligada a sus actividades económicas. El desarrollismo de los años 60 del justificó que saltara las colinas de Artxanda y se anexionara gran parte del valle del Txorierrri, al que en diversos momentos enviara infraestructuras de extensa superficie que generaban problemas de comunicación y contaminación sonora y visual, como el aeropuerto y la necrópolis. Pese a estar sito en la localidad de Derio, desanexionada en 1983, sigue siendo de titularidad bilbaína el cementerio municipal de Vista-Alegre, donde ciertas manifestaciones de la cultura mortuoria tienen claro sentido alternativo (epigrafía política), no sólo actual: aunque las tumbas

se hacinan, ni se entierra ni se elevan nicheras junto al paredón de fusilamiento de la última Guerra Civil.

Además, la esfera de influencia de nuestra villa trasciende sus límites municipales geográfico-administrativos, por diversos motivos. En primer lugar, buena parte del funcionamiento de nuestra urbe sirve a, y a la vez depende de, un amplio contingente de población flotante no censada en ella, pero que aquí estudia, trabaja y adquiere y consume bienes de uso o culturales y de ocio. La noción del “Gran Bilbao”, acuñada por el desarrollismo de los años sesenta a partir de las consecuencias de la especialización productiva del Bajo Ibaizabal, intentaba describir esa realidad; y si bien las transformaciones económicas han debilitado algunos de los nexos internos de la conurbación, los movimientos pendulares en su seno siguen activos y afectando a un creciente número de personas. Dejemos el estudio de este punto, que condiciona y trasciende lo meramente espacial, para la Sociología.

De él sí debemos tomar un factor: la transición que, durante la última década, ha vivido Bilbao desde un concepto de ciudad-factoría, centro rector económico-financiero y político en que la calidad de vida quedaba subordinada a la eficiencia de funcionamiento, a otro que prima la habitabilidad a todos los niveles, en un intento de dotar de un marco ameno a los nuevos sectores-punta. La ciudad como marco físico se está redefiniendo; su dedicación prioritaria también, tras haberse convertido en objeto de historia y nostalgia su pasado naval, industrial y comercial ligado a la industria pesada y la exportación de hierros. Irrecuperable la rentabilidad de ese tipo de actividades productivas, sustituidas por baratos productos procedentes de países en vías de desarrollo o por materiales distintos, y siendo incapaces la microtecnología o la intermediación nacional e internacional de optimizar el grueso de recursos inertes y humanos que Bilbao consiguió reunir en al menos siglo y medio de especialización económica, se han buscado atractivos novedosos para revitalizar el pulso y la generación de riqueza urbanas. En la propuesta de las instituciones político-administrativas -y de buena parte de los inversores potentes- ocupan el primer plano los grandes montajes escénicos y expositivos, cuyos arquetipos son, no por casualidad, dos edificios carentes de antecedentes en el lugar que ocupan (antes talleres y muelles) y de semejantes por singularidad y envergadura en toda Bizkaia: el Museo Guggenheim, cuyo vanguardismo es ya, para bien, un tópico internacional, y el Palacio de Congresos Euskalduna, en Abandoibarra.

La coherencia interna del programa del simposio nos pide tratar *espacios* físicos “habitables” tal y como lo son las bibliotecas y los museos, por supuesto analizándolos en compañía de los grupos o iniciativas que los han organizado y mantienen. Visitaremos lonjas, asociadas o no a pisos o entreplantas donde suelen ubicarse las dependencias de gestión administrativa, caso de existir; y algún edificio completo, rehabilitado y readaptado para la propuesta actual, caso de Kafe Antzokia-Zenbat Gara en el antiguo Teatro San Vicen-

te que albergara el afamado -y no poco alternativo- cine-club FAS, o de Kalderapeko como sede además de un euskaltegi y de coordinación de AEK. Luego nos plantearemos hasta qué punto, y por qué, su distribución es periférica con respecto al núcleo rector de la ciudad y a los ámbitos culturales institucionalizados, de altos vuelos empresariales -léase los grandes cines-teatros privados- o integrados sin demasiados problemas en la trama estándar de la villa, tal la inmensa mayoría de galerías de arte. Por otro lado, definir así excluye importantes ámbitos de vivencia cultural con potencialidad alternativa aunque plurifuncionales, no “especializados” en aquélla, corte que no hemos dado sin quedar con mala conciencia.

Es hora, pues, de plantearse qué entender como *cultura*. Una primera acepción nos habla del conjunto de conocimientos y *saberes reglados*, estructurados, mayoritariamente transmitidos por vía docente y librería a cargo de especialistas en centros de enseñanza-aprendizaje específicos para ello: vulgarizando, se trata de las Ciencias y las Humanidades que todos aprendimos, y casi todos olvidamos, a lo largo de nuestros estudios. De ellas *no* vamos a tratar. En el último cuarto de siglo, los avances científicos y tecnológicos han propiciado una revolución epistemológica cuyas consecuencias prácticas apenas comenzamos a atisbar en los ensayos de realidad virtual o de ingeniería genética, y que subvierten algunos de los pilares del saber tradicional. Pero estas investigaciones se hallan aún lejos de la cotidianeidad de los ciudadanos de a pie, salvo en su versión pedestre de salón de juego o en unos cuantos alimentos transgénicos que no consiguen superar los reparos de los consumidores. De cómo y qué conocer científicamente y de qué manera aplicarlo y transmitirlo ya se han ocupado congresos específicos, varios de ellos promovidos por la Sociedad de Estudios Vascos, y no es éste el momento de retomar sus conclusiones.

En el otro extremo se hallan las características generales de un *modo de vida* determinado, producidas y/o aceptadas por un grupo social para autoidentificarse como tal: la lengua, y los lenguajes (contenidos) a que ésta sirve; el modo de vestir, de alimentarse, de adornarse; de trabar relaciones interpersonales, de expresar amor o rechazo, aceptación o exclusión; de organizar la vivienda, los núcleos habitados, los lugares de encuentro; de regir y regirse, de legitimar a lo(s) dominante(s) y de imponer la subordinación... No podemos detenernos en las cuestiones teóricas que plantea la cultura “popular” de nuestro pasado inmediato. Historiadores, sociólogos y antropólogos llevan dos décadas largas profundizando en su recíproca relación de influjo con la dominante y en los mecanismos de imposición de ésta; en su conservadurismo, expresado tanto en ritualizaciones como en motines; en sus lenguajes, formas y lugares de expresión. Quedarán subyacentes bajo el próximo epígrafe, porque explican varias de las mutaciones físicas que ha sufrido Bilbao.

Además, un nutrido sector de los ámbitos alternativos tiende a unir esas características con unas determinadas formas de estética, lo que nos conduce

a la tercera definición de lo cultural: las *artes*, muy importantes en aquéllos, cuando no su origen. Se trata de las que el XIX burgués definió como “bellas” o “puras”, para rechazo y mofa del XX vanguardista: las literarias, plásticas y sonoro-escénicas, incluyendo las visuales jóvenes sobre soporte film o electrónico-magnético. No contemplaremos las aplicadas (vidriería, forja, bordado...) en auge ahora por historicismo, rechazo al feísmo abstrayente de los años 70-primeros 90, marca indirecta de estatus socioeconómico, o replanteamiento individualista-hogareño del tiempo libre y revalorización de las “manualidades” entre personas que no las necesitan para ayudar a la economía familiar, pero que no suelen vehicular alteridad, quizá por su escasa ductilidad expresiva frente a la música, la escena o la palabra.

Por coherencia con el contenido general del simposio hemos colocado el adjetivo *alternativo* ligado a los espacios y no a la cultura, a sabiendas de que leerlo ahí puede inducir a error. No hablamos de cuestiones materiales: no todo el mundo puede costearse un Guggenheim. Las construcciones que nos ocupan apenas o nada innovan con respecto a lo común, que ya vimos suele convenirles reutilizar; ni siquiera en su distribución interna o el mobiliario estructural indispensable para las principales actividades que desean albergar, tales los escenarios, los anaqueles expositores de publicaciones escritas y discográficas, la barra y los asientos de bar (la decoración es otro asunto). Nos interesa lo que en ellos sucede, cómo, y gracias a quiénes, pues en última instancia las ideas que estos defienden y/o su oposición a otras “establecidas” es lo que determina la diferencia y hace comprensibles sus expresiones.

De hecho, varios de los espacios acogen acciones habituales en las sociedades de origen. Su carácter “semialternativo” les viene dado más por la carencia de cauces de expresión del grupo dentro de la oferta institucionalizada o privada estándar que por voluntad propia, y es probable que a corto plazo se hallen integrados y reconocidos “oficialmente” en la ciudad; tales las mezquitas. De hecho, al plantear el Simposio se habló de llamar a representantes de colectivos de otros pueblos con espacios de reunión-actuación bien estructurados, desde las casas regionales a grupos de acción en favor de minorías étnico-culturales europeas y de otros continentes, en particular -por tradición de afinidad- de América Central y Sur (buen ejemplo: Askapena). Nos dimos cuenta enseguida de que su problemática difería cualitativamente de la de los restantes por el hecho étnico-cultural y por la frecuente inclusión del factor religioso activo (musulmanes magrebíes o subsaharianos, sectores gitanos); por no hablar de quienes viven su idiosincrasia, en sincretismo y/o tensión con el entorno que les somos, en ámbitos rayanos o inmersos en la marginación, caso de los inmigrantes ilegales. La idea queda en cabeza de la lista de espera para otras Jornadas, y nos lleva a otro campo de reflexión: lo que no tratamos ni en el Simposio ni en estas páginas. Al menos, habrá que enumerar sus componentes.

## 1.2. Espacios perdidos, espacios redefinidos

Vamos a dejar los papelotes sobre la mesa y a recorrer nuestra ciudad intentando leer la historia, muy simplificada, de sus espacios de cultura primordialmente popular. El paseo comenzará en nuestra misma casa. Por extraño que parezca, desde hace dos siglos la *vivienda urbana* es uno de nuestros ámbitos culturales cuya configuración ha sufrido mayor ideologización y codificación, en parte porque su coste y la propiedad de los terrenos dejaban la iniciativa de su construcción en manos de los pudientes, en parte por el éxito de la aculturación que enseguida se describirá. Encajonado entre las colinas begoñas y los playazos portuarios de la Ría, el casco urbano bilbaíno tuvo una reducida superficie hasta el segundo tercio del XIX. Por eso, en el centro se mantenía un apreciable porcentaje de población modesta, estratificada en vertical a partir de la segunda altura de las casas, que no en balde se llamaría pronto “piso principal”. Donde no se estaba condicionado por solares de origen medieval, estrechos y profundos (como los de Artekale), se abrían amplios portales; guarecían pequeñas transacciones, almacenajes, charlas y disputas que subían y bajaban por los huecos de escalera y patios adyacentes, tan amplios como fuera posible para aprovechar la gris luz de un clima en conjunto más húmedo que el actual.

A partir, sobre todo, de la primera reedificación-ensanche de la villa, inmediata al fin de la crisis de 1854-56, los inmuebles no altoburgueses tendieron a reducir los elementos comunes: escaleras de huecos semicerrados (proceso que se ha completado hoy, justificado por los ascensores), accesos en pasillo, etc. En realidad, se estaba cercenando un vividísimo marco de relación, en especial femenina; recuérdese el papel de las mujeres en la transmisión de cultura. Al mismo tiempo, el interior de las “habitaciones” (como entonces se llamaba a las viviendas) se modificaba, asumiendo los criterios de intimidad individualista de las pudientes: dormitorios infantiles separados del matrimonial - por los respectivos ruidos- y sitios junto al área de servicio, “femenina”, centrada en la cocina; los de adultos, a la italiana, para iluminar y para favorecer las actividades en privado; como pieza principal, la sala-recibidor para visitas y celebraciones, antecedente de esos salones-comedor casi siempre cerrados aún presentes en casas actuales... Se conserva tan poco escrito sobre el uso real de esas piezas, que dejaremos aquí las elucubraciones sobre su relación con el estatus socioprofesional de sus ocupantes, no sin invitar a los lectores a plantearse por qué el objeto focal de su sala de estar -si no la han suprimido- es el que es.

No le va a la zaga en recortes la *calle*. Sobre ella la documentación anterior a 1850/60 es copiosa, y divertidísima: charlas en corrillos, ventas a voces, injurias a gritos; escribientes baratos para la mayoría analfabeta, comerciantes pudientes, amigos de lo ajeno, curas, amigas del prójimo, damas (cada vez menos tiempo), artesanos, los primeros proletarios, trajineros, empleados redistribuidores, criadas y otros mil prototipos entremezclados en el quehacer

cotidiano. A mediados de la pasada centuria la alta burguesía bilbaína, siguiendo el ejemplo de sus homólogas del resto de Europa, acometió la limpieza viaria en toda la extensión de la frase. Los celadores de Vigilancia Pública impusieron el tránsito fluido diurno y, sobre todo, el silencio y el recogimiento nocturno -favorecedor de la productividad laboral- a base de procesos y multas; barrieron hacia sus localidades de origen a la pléyade de mendigos y desempleados de larga duración que acudían atraídos por los recursos de la urbe; en lo posible y con ayuda de una muy localizada oferta de alojamiento en hospedaje o alquiler, confinaron a los conflictivos trabajadores no cualificados junto al lumpen en los arrabales del sur de Atxuri y Bilbao la Vieja, donde no importaba endemizar la pobreza por su separación con respecto al núcleo urbano acomodado, y aun ahí supervisaron horarios y morigeración en tabernas, burdeles y hasta viviendas particulares.

Desde entonces, y al ritmo de la expansión económica, se fue acentuando la separación sociofuncional por barriadas, al par que las calles perdían vida cultural para ganar en tránsito. Llegarían a convertirse en ruidosos y rápidos repelentes de la interrelación personal, motivo de que en favor de la peatonalización hayan convergido la reivindicación ciudadana y la conveniencia de hosteleros y comerciantes. Pese a todo, los desplazamientos a pie siguen siendo continuos gracias a las bastante cortas distancias del Ensanche central, cuyo paralelogramo no llega a 2 x 1 km; amén de que bastantes transportes públicos que conectan Bilbao con sus alrededores tienen parada o término en ese núcleo. En consecuencia, a lo largo de las rutas de paso masivo se amontonan los carteles, pasquines, pintadas y pegatinas, adheridos a las paredes o al mobiliario urbano, referidos sobre todo a enseñanza, política, actos culturales, ventas, empleo. Esta concentración de información variopinta se reproduce, selectivamente según el público habitual, en las estradas de ocupación nutrida para el ocio, cuyos mejores ejemplos son el Casco Viejo y Licenciado Poza.

Si esto se ha perdido o cercenado, ojeemos qué nos queda. Los *parques y zonas verdes* -de preferencia los no periféricos-, escasos en nuestro municipio, suelen valer como área de celebración de actos lúdico-festivo-reivindicativos; su prototipo, la conclusión de manifestaciones en el jardín del Arenal. Se hallan fuertemente humanizados, ajenos a la Naturaleza libre, frente a las campas o bosquesillos seminaturales en que hasta el XIX inclusive se vivían ciertas fiestas y actos socioculturales: las romerías, ferias o reuniones de afines -solteros/casados, socios de hermandades contra incendios o de protección al ganado, etc. No solían ser elitistas pero tampoco “alternativos” con respecto a la cultura popular estándar, si bien eran susceptibles de acoger contenidos de oposición, incluso subversivos, conservadores o no con respecto a las concepciones defendidas por las clases dominantes.

A propósito: la estrechez geográfico-administrativa de Bilbao y su rentabilísima especialización económica llevaron enseguida a edificar y poblar con fuerte densidad el casco de la villa, lo cual desplazó bastantes de los indica-

dos eventos hacia las localidades limítrofes. La desvirtuación y exclusión parcial de la cultura no burguesa iniciadas en la Restauración (desde el último cuarto del XIX) y acentuado por el franquismo, unido a las transformaciones en los modos de vida causadas por la extensión de la industrialización, terminaron condenando a muerte la mayor parte de esas convocatorias. Se sigue la reducida tradición propia de manifestaciones culturales (sensu lato) abiertas y masivas en nuestros barrios, que en los últimos años la organización de carnavales o de fiestas patronales “recuperadas” sin demasiado historicismo o ha intentado paliar. En nada innovan la de las ferias tipo kermesse urbanas, basadas en el consumo pasivo de extras alimentarios, espectáculos y diversiones ofrecidos por especialistas itinerantes -circenses, “barraqueros” y similares- progresivamente desligados de la vivencia sociocultural, de los movimientos asociativos y de las reivindicaciones locales. Por esos últimos factores las autoridades burguesas europeas ochocentistas aceptaron enseguida este modelo, cuyo contenido minaba una señera parcela de la sociabilidad obrera mientras aparentaba reforzarla por su carácter de reunión masiva. Y, por contra, arremetieron contra el carnaval: en el XIX, porque las máscaras o antifaces (vestirse entero no estaba al alcance de la mayoría) y la tolerancia de horarios nocturnos para el jolgorio dejaban impunes a quienes lanzaban gritos o cánticos políticos, como sucediera en vísperas de la última carlistada; en el XX largo, por lo mismo y por las posibles connotaciones de ciertos disfraces, contestatarias o de pura rechifla contra las “fuerzas vivas” y costumbres imperantes. Un detalle: no se han visto pocos de ellos contra las empresas de trabajo temporal en las últimas carnavaladas de nuestra villa.

Aparte de ésto y de que algunos colectivos aprovechen para dar eco a sus manifestaciones la concentración de asistentes en un lugar concreto (propiciada para concentrar el jolgorio... y sus molestias), entre nosotros se ha introducido una modificación que entra de lleno en nuestro tema: las celebérrimas *txosnas*. Responden a la necesidad corporal y al placer de reponer energías tras paseos, espectáculos y bailes sin romper la euforia que éstos producen, deseo explotado de sobra por los abastecedores municipales de alcoholes en la época preindustrial; y a las culturales de hacerlo entre afines, combinando percepciones agradables (música, decoración...), acentuando la intercomunicación y contribuyendo a mantener un grupo de acción en pro de una causa sociopolítica con la que se simpatiza. Las críticas llegan desde muy diversos sectores: focalización de actividades de los promotores en unos cuantos días al año, excesivo énfasis en el consumo hostelero, aparente esclerotización del modelo... No nos preocupan ahora, porque es innegable la fortísima personalidad de esta imbricación “legitimada” de lo reivindicativo en la Semana Grande, hasta el punto de no concebirse una sin la otra. Objeto hace tiempo de numerosísimos análisis históricos y sociológicos en toda Europa, Euskal Herria incluida, la fiesta siempre ha vehiculado paradigmas específicos de acción alternativa, lo cual nos obliga a vivirla intelectualmente en otra ocasión.

Pese a las diatribas de las autoridades, nuestras *tabernas* se documentan desde el siglo XVII, cuando poco, como nodo social esencial. Allí se cerraban tratos comerciales, laborales y matrimoniales, se desarrollaban rituales de equiparación y honra o de desprecio (convidar/negar o rechazar el alcohol), se cotilleaba y se cabildeaba, bien entrado el XIX se leía y discutía la prensa política... Esas pautas de relación popular fueron aprovechadas por los primeros batzokis del Partido Nacionalista Vasco, las casas del pueblo socialistas y los círculos obreros ideológico-recreativos de muy diverso tono (republicanos, católicos, etc.) que florecieron en los arrabales de la villa y, mucho más debido a su composición poblacional, en el Bajo Ibaizabal a partir de los años 80/90 del XIX; las herriko tabernak han recogido el testigo. Veremos después que tal mecanismo opera en los espacios alternativos. Los que hoy dicen ser *café de tertulia* apenas tienen que ver con los anteriores a la Guerra Civil, en que ni el reloj ni el monto de las consumiciones importaban gran cosa y las charlas no eran conferencias regladas semiencubiertas.

Tras estar en regresión frente a cafeterías y bares estándar, la taberna típica se está recuperando. Detacan por su abigarrado lenguaje formal, deseoso de originalidad y cargado de símbolos, las de clientela en mayoría joven e inconformista, si se nos permite este otrora peyorativo adjetivo. Sea como fuere, un detalle: tabernas y bares que se quieren distintos suelen disponer de publicaciones periódicas variadas para lectura gratuita y de punto informativo cultural, y admiten instalaciones artísticas individuales, colectivas o en red. Un buen ejemplo es Sardeskarte, conjunto visible en marzo y abril del 99 en veinte ámbitos hosteleros “puros” o ligados a asociaciones alternativas (como Sarea), que recrea el tenedor -de ahí su nombre- mediante diversos recursos plásticos. Otras propuestas son venales o sirven para dar a conocer a artistas sin cabida en el estrecho mundillo de las galerías. En cualquier caso, el señalado fenómeno es muy interesante.

La definición que al comienzo establecimos deja asimismo de lado los *espacios virtuales*: la radio, la televisión y el ciberespacio, por antonomasia Internet. La TV, pese a contar con iniciativas locales en Bilbao, presenta un nivel de alteridad muy bajo, por no decir nulo. Es relativamente alto el coste de los materiales requeridos para la elaboración de los programas y la emisión de la señal y para la recepción de ésta (modificaciones específicas en las antenas), que puede disuadir a parte del número potencial de sintonizantes, de por sí reducido debido a los contenidos; y muy fuerte la competencia de los canales mayoritarios en las franjas horarias fuera de horario laboral y nocturno (condicionante éste sobre todos los espacios alternativos), sea en los propios espectadores, sea dentro de sus familias o grupos de convivencia, que por lo común deben compartir el uso del televisor. Parece que sólo es cuestión de tiempo que los foros por ordenador, revolucionarios hace apenas un lustro, se nos vuelvan tan cotidianos como la radio, presente hoy en la práctica totalidad de hogares. La versatilidad de ambos, la relativa baratura de su

infraestructura con respecto a la previsible difusión de los mensajes y las posibilidades de elusión de controles técnicos (que en la práctica son una forma de censura) los convierten en opciones adecuadas para transmitir contenidos contestatarios. Habría que tratarlas del modo específico que han procurado, en conjunto, la reunión sobre *Los medios de comunicación en el nuevo escenario* bilbaíno y las *Jornadas de Comunicación* celebradas en la semana siguiente al Simposio.

Junto a informaciones, los *muros* reciben expresiones plásticas permanentes o con voluntad de tales: las pinturas murales a color y los graffitti, parientes de aquéllas y de la pintada política que muestran hasta dónde la imaginación puede desarrollar lo decorativo-expresivo dentro de un lenguaje estilístico muy codificado. Los de pequeño formato se suelen limitar a experimentar con el nombre propio o pseudónimo de la persona autora, siguiendo la vieja reivindicación del arte por el arte; los de gran tamaño transmiten por lo común un mensaje fuera de norma, sociopolítico (reivindicaciones de barrio...) o conductual («solo hay un amor / amor al frasko» [mural, hoy semiderruido, en la calle Esperanza]). La capacidad de estas obras para atraer la mirada y animar el paisaje de una ciudad con atmósfera gran parte del año en grisalla fue captada en el pasado decenio por el Ayuntamiento, que para paliar el monótono aspecto de los medianiles en las manzanas inconclusas impulsó la iniciativa “El arte a la calle”, cuyos resultados han ido desapareciendo por deterioro o construcción. Ese problema de conservación se agudiza en las manifestaciones no institucionales, que ocupan lugares mucho más “alternativos”, a menudo para evitar ser vistos mientras se elaboran: muretes de protección de obras, que desaparecen cuando éstas concluyen; pilares de puentes y viaductos, túneles peatonales, esporádicamente puertas o fachadas de casas de vecinos o edificios públicos, etc., que suelen ser limpiados a chorro de agua o, sin más, repintados cada cierto tiempo por el consistorio. Alcanzan mayor duración los situados en zonas periféricas, donde el estado de la asepsia callejera influye muy poco en la imagen que a los foráneos da la urbe, no se contempla presupuesto municipal para aliviar la fealdad de los bajos de infraestructuras viarias, o la ausencia de demanda de viviendas por la degradación del área deja libres las tapias de solar y las fachadas laterales durante años, como en San Francisco-Bilbao la Vieja. Dejamos aquí la palabra a la sociología del arte.

Hablando de estética y sociedad: quizá nosotros, los mismos “paseantes”, hemos convertido nuestros *cuerpos* en espacios culturales alternativos. Ni los peinados afro o rastas, ni los tatuajes ni el body piercing son invenciones actuales, ni en origen solían ser alternativos; si no, recuérdense las tetillas de ciertos patricios romanos. No podemos explayarnos en las numerosas características de la identificación social mediante el corte, tejido y color del atavío, el peinado y rasurado, el tocado, el acento y los modismos idiomáticos... No hay que confundirlas con las modas. Limadas en los últimos treinta años, en

paralelo a la mejora del nivel adquisitivo obrero, lo conocido como transición democrática y las transformaciones con respecto a la sociedad de clases de principios de siglo, reaparecieron como alternativas gracias a dos movimientos importados, el hippie (descafeinado por las circunstancias políticas de los años 60) y el punk; y están transmitiendo, como antaño, toda una autoidentificación sociocultural.

Sin darnos cuenta, hemos llegado a nuestros destinos. Vamos a observarlos en detalle.

## **2. Los espacios alternativos de cultura en Bilbao: un intento de definición funcional**

¿Es factible una definición única para nuestro objeto de estudio? Tal vez no: ni su heterogeneidad se presta a ello, ni sus promotores pretenden una macro-alternativa permanente a modo de sistema paralelo, sino un existir *distinto*. Sí podemos entresacar unas características comunes a la mayoría de experiencias. Las anotaremos a continuación, sin prelación, recalcando que suelen estar imbricadas y que las separamos por mera facilidad de exposición. Las interpretaciones -acertadas o erróneas- son responsabilidad de la autora; por ello, para ejemplificar preferiremos a los participantes en el Simposio, facilitando a los lectores contrastar nuestras conclusiones.

**2.1.** Cada espacio/grupo parte de una *idea rectora clara*, lo que no implica que sea cerrada ni inmutable; tampoco siempre se define “positivamente” (‘en pro de’), sino que puede partir de premisas “negativas” (‘aparte de’, en ‘contra de’) en busca de soluciones aún por llegar. Es tan palmario que diverge de la norma establecida, que no insistiremos en ello; el grado varía según colectivos. La raíz suele ser *sociocultural* en sentido amplio; esto es, no se limita a formas estéticas o artísticas de expresión, sino que realiza propuestas globalizadoras de conducta e interacción con el entorno.

**2.2.** A causa de ello, cuentan con un *núcleo de promoción* por lo común *reducido y estable*: unas cuantas personas que se deciden a dar el salto a sabiendas de que no hay red. Ventajas: coherencia, experiencia, resistencia. Inconvenientes: el tremendo desgaste que supone combinar la lucha diaria contra las dificultades materiales y administrativas, del espacio y muchas veces también personales como consecuencia del compromiso con él, con el ejercicio de una dedicación laboral a menudo en los antípodas de aquélla. El riesgo de “cierre” es reducido, por el ensamblarismo y los continuos debates, la experimentación y la circulación interactiva de personajes y conceptos que caracterizan a la inmensa mayoría de estos espacios.

**2.3.** Como consecuencia de lo anterior y de la solución de continuidad entre las propuestas alternativas y, valga la expresión, por principio ético, tienden a la *autogestión*, procurando que la especialización o delegación de fun-

ciones no cristalice como jerarquización. Es evidente que este rasgo resulta más acusado allá donde la propuesta de partida es más radical.

**2.4.** Asimismo por lo indicado, y frente a la apariencia de mezcolanza o caos en ciertos casos, bastantes espacios, sus impulsores y sus usuarios comparten un *alto nivel de codificación* discursiva, conductual y formal (estéticas de local, de atavío y tratamiento del cuerpo, de música ambiental, etc.), no reñida con la variedad y fluidez que aporta el paso de colectivos e individuos muy diversos. El condicionamiento es mutuo: se acude a un “ambiente”, con lo que éste va siendo creado.

**2.5.** Debido a los dos primeros factores y, en parte, a las posibilidades efectivas de desenvolvimiento, presentan cierta *tendencia a la especialización*, en el sentido de existir una actividad, parcela cultural o segmento de población mayoritarios a la hora de pergeñar el proyecto inicial: la expansión de la cultura vasca no “tradicional” (Kafe Antzokia) y la práctica del euskera en diversos registros (Kalderapeko), la danza (La Fundición), la movida *gaztetxe* y sus numerosas ramificaciones (Likiniano), la acción sociocultural de barrio en conjunto (Sarea) o centrada en jóvenes (Lilura), la libre experimentación artística (Mina), el debate sociopolítico (Hikaateneo)..

**2.6.** Como contrapeso a lo anterior y sin contradecirlo, son extremadamente *abiertos a iniciativas y expresiones ajenas*, estáticas (carteles, anuncios, etc.) o dinámicas (reuniones, actuaciones...), afines pero no necesariamente coincidentes con las de sus anfitriones. Aparte de aportar enriquecimiento ideológico y, en su caso, nuevos usuarios, esa receptividad cumple un verdadero servicio para quienes carecen de medios para mantener una infraestructura estable. De ahí la capacidad de estos “topaguneak”, ‘lugares de encuentro’, para convertirse en “kulturguneak”, ‘espacios de cultura’: no son cajones, sino puertas de entrada a una realidad vasta, creciente y cambiante con rapidez.

**2.7.** Entre sí mantienen cierto nivel de *intercirculación y coparticipación*, por varios motivos: la similitud de los presumibles usuarios-espectadores; a la inversa, acercar un mismo espectáculo a públicos distintos en potencia y/o al “ambiente” favorito de éstos en otras zonas de la ciudad, punto que deriva de la tendencia a la especialización antes indicada y es importante para la expansión de los alternativos en conjunto; suplir las limitaciones físicas de un espacio trasladando ciertas actividades a otro (concierto de rock experimental en Mina Espazio como clausura de la Semana Surrealista con charlas y exposición en Likiniano, en febrero del 99); los obvios de mutuo apoyo y de aprecio hacia el interés de la actividad. La relación es fluida pero puntual, por la heterogeneidad de proyectos de partida. Se reconoce la conveniencia de una cierta coordinación interurbana, cuyas pautas están por trazar.

**2.8.** En cambio, no es infrecuente la pertenencia a, o el contacto con, al menos una red operativa fuera del municipio, bastantes veces nacional y en algún caso estatal. Los *contactos supralocales* facilitan variar la oferta y aunar-

se contra las dificultades. A menudo no se producen por canales estructurados o permanentes, por la evidente fragmentación y las dificultades materiales a que se enfrenta lo alternativo, pero se trabaja por estabilizar la relación.

**2.9.** En consonancia con lo precedente, los ámbitos son *polifuncionales*, pues alternan o combinan charlas y debates, exposiciones de artes plásticas, conciertos, etc. Esto condiciona su organización física y su mobiliario: se tabica lo menos posible, con elementos movibles; los muebles son ligeros, retirables con facilidad, y menudean los apilables; las zonas de mayor tránsito (venta en barra o librería, etc.) se colocan a la entrada o, siquiera, se les procura una mínima separación para minimizar el efecto de sus ruidos y movimientos.

**2.10.** Esto les exige *economía de medios*, porque el abigarramiento puede resultar contraproducente... y no pocas veces está condicionado por una mediana, si no flaca, economía, problema endémico de la mayoría de lo alejado de los grandes circuitos de consumo cultural. Lo que jamás se economiza es la *imaginación*, que consigue dotar de personalidad definida hasta a los lugares más minimalistas en cualquiera de los dos sentidos indicados.

**2.11.** Con excepción de las iniciativas de barrio, por razones evidentes, los condicionamientos pecuniarios determinan su *localización exterior, periférica o intersticial* con respecto al “distrito central de negocios”, en expresión anglosajona, que ocupa el núcleo geográfico de la urbe, encerrado en el perímetro que marcan la derecha de la Ría desde el Arenal a San Mamés y, desde aquí, las hoy soterradas vías férreas que, por Ametzola y Zabalburu, descienden hasta la Plaza Circular, cerrándose por la calle Navarra.

**a)** El exorbitante precio y la práctica total ocupación de las lonjas adecuadas en alquiler dentro de ese área obligan a buscar edificios industriales dentro de manzanas de viviendas o callejones cortados al tráfico sin fachada directa a la vía principal, para minimizar los inconvenientes que origina la distancia con respecto a las áreas de mayor tránsito: desplazamientos largos e incómodos, pues el problema de la relación de las periferias entre sí está sin resolver en Bilbao; carencia de transportes públicos en horario nocturno, que, por forzoso respeto a las necesidades de trabajo y funcionamiento doméstico-familiar, es frecuente en las actividades de cara al público, etc.

**b)** El traslado a zonas menos caras no amplía demasiado las posibilidades de elección:

- Por su concentración de edificaciones, su tradición como área de esparcimiento “popular” o no reglado y las netas barreras que lo separan del resto de la ciudad sin restarle centralidad, el Casco Viejo es preferido por bastantes colectivos culturales que no necesitan instalaciones amplias (escenarios, por ejemplo) y se acercan a buena parte de sus previsible visitantes, en especial jóvenes. Ahora bien, presenta una alta especialización comercial y residencial por calles heredera de su raigambre histórica, no en vano allí vivió la opulenta

burguesía bilbaína hasta el último cuarto del XIX; por ello, reproduce en parte el problema.

- En los restantes barrios intervienen otros factores. Conviene la centralidad, bien porque la degradación de los extremos disuadiría a parte de los posibles usuarios, en especial procedentes de otras áreas urbanas, bien por favorecer el ser conocido -y observado- desde fuera, a menudo primer paso para el acercamiento. Empero, la existencia de edificios industriales abandonados en lugares semiperiféricos puede ser decisiva, como en el distrito central; así, la nave de Iturrigorri okupada por Kukutza, donde el inesperado descubrimiento de una considerable cantidad de residuos tóxicos atrajo simpatías del vecindario hacia este colectivo, que afrontaba por sus propios medios la limpieza. Otro gaztetxe intenta reactualizar un olvidado salón parroquial, en pleno corazón de Santutxu.

[Digresión: La historia de los equipamientos públicos y privados de barriada en Bilbao en el último siglo y medio merece una investigación a fondo sobre sus promotores, actividades, causas de evolución y, con gran frecuencia, de desaparición; para ello es un período clave el franquismo, con sus intentos de ideologización, primero, y de peculiar “contrarrevolución cultural” represora o denigrante de buena parte de lo autóctono y/o popular al par del desarrollismo urbanizante de los años 60].

**2.12.** Se esfuerzan estos colectivos por *proporcionar información* no venal, extremo destacable dado el modesto poder adquisitivo de un vasto sector de quienes acuden. Es de gran variedad dentro de cada espacio: centrada en lo afín a su propósito motriz, presenta datos procedentes de muy diversos colectivos, locales o foráneos, y no desdeña los institucionales, relativos a las salas alternativas con apoyo municipal y a cualquier tipo de actividades consideradas interesantes. Esto implica una concepción abierta de la circulación cultural y coadyuva a cumplir con el “servicio” a que aludimos en el punto 2.6.

- Dentro de la finalidad informativa se encuadra la oferta de prensa estándar -pero afín por idioma y/o ideología subyacente- y revistas. Consagrada hace tiempo en las cafeterías “de estancia” y bares “de clientela” -dicho así para diferenciarlos de los establecimientos de consumo rápido-, va al alza gracias a muy diversos factores, desde el compromiso político al deseo de rellenar tiempos muertos en los desplazamientos pendulares (a este respecto, y para lectura en general, ha surtido buen efecto el metro).

**2.13.** Utilizan *formas de ocio y/o relación interpersonal preexistentes* y de largo arraigo en nuestra cultura. Por su extensión destacaremos el debate mediante conversación informal entre autoconsiderados iguales (a diferencia del “vertical”, con “especialistas” y oyentes) que, simplificando, solemos denominar tertulia; y los mecanismos de compartir la bebida, el alimento no imprescindible y las sustancias fumables que constituyen parte casi insepa-

table del relax de ocio para la inmensa mayoría de la población. Páginas arriba resumimos las connotaciones culturales de las tabernas. Aprovechar esos hábitos es un sagaz gancho para captar nuevo público y, a la inversa, coadyuva al “sentirse a gusto” (véase el punto siguiente); aparte de que ese consumo deja un aceptable margen de beneficio, bienvenido para abonar alquileres y otros gastos fijos.

**2.14.** Se esfuerzan por el *estar a gusto* de las personas usuarias, en un doble sentido: el proporcionado por el contenido intelectual de las actividades, obvio, y el del bienestar físico. Coadyuvan a éste la ya indicada venta de sustancias alimenticias y euforizantes; la inexistencia de límites de tiempo para la estancia en el local (salvo los lógicos de horario de cierre), antítesis de lo habitual en el sector de hostelería y espectáculos, que reducen al máximo la permanencia una vez agotado el consumible -del café a la película-, cuando no fuerzan con más o menos ambages a salir si no se adquiere otro producto; la combinación de facilidad de circulación por el espacio con la existencia de rincones o txokos por decirlo así más “intimistas” o individuales, pues la apreciación de la soledad y el pequeño grupo de afines sigue siendo fortísima como herencia del sistema burgués de valores imperante en la educación familiar y social, de élite o popular; la combinación de elementos perceptivos, en especial visuales (original y/o característica decoración mural y mobiliario permanente o temporal, iluminación preferida indirecta y suave...) y auditivos.

**2.15.** Otorgan un valor medio-alto a la *palabra* como elaborado medio de expresión, no tanto de principios -sus manifiestos se viven más que se escriben- como de intercomunicación con afines foráneos y de creación. Lo que cabe considerar su manifiesto de presentación, una yuxtaposición tipográfica y conceptual publicada en el número 1 de *mineral: crítica y utopías* (enero de 1999), define a Mina Espazio como lugar «donde mil palabras valen más que una imagen». Está invirtiendo la idea habitual en la cultura occidental estándar, que desde la Edad Media -por no retrotraernos más- ha colmado de simbología la rápida inmediatez de lo visible y, sobre todo en el último siglo, empobrecido una oralidad popular de enorme poder creativo -y subversivo- entre nuestros analfabetos, “incultos” antepasados.

**a)** La *escrita*, tras años de desdén en favor de los audiovisuales, es ahora recuperada para las interrelaciones gracias a un Internet aún no multimedia para muchos usuarios, aunque condicionada por severos problemas de lengua y lenguaje que no corresponde aquí explicitar. Ciberespacio aparte, en nuestros alternativos los impresos mantienen las dos principales funciones que los hicieron tan apreciados por los movimientos vanguardistas de todo el XX:

- En cuanto a la *captación* de personas, destacan la fácil difusión, la seguridad de conservación del mensaje (frente a los avatares de un cartel o pasquín), la posibilidad de relectura y la competitividad de precio. Así, la librería-tienda de Likiniano ofrece una impresionante variedad de fanzines, revis-

tas, etc.; Lilura se expresa a través de *Bidean*, la revista de Gazte-Leku de Rekaldeberri, mientras que Zenbat Gara (gestora del Kafe Antzokia) mantiene incluso una editorial propia...

- En cuanto a los *principios*, la mediatez de lo escrito y su permanencia son adecuadas para reflejar experimentaciones e ideas que pueden requerir revisión para una comprensión adecuada y/o cuyo poder de sugerir quedaría limitado si se ofreciesen en imagen. Por cierto, la conculcación de la ortografía castellana, motivada tanto por negación política de la situación de diglosia/bilingüismo en nuestra ciudad como por rupturismo en general, ha terminado fijando su propia norma, en un proceso que los sociofilólogos no deberían olvidar.

**b)** La *hablada*, poco dúctil para el vanguardismo formal, es esencial en la recíproca comunicación creativa de ideas, dentro del espíritu de interactividad entre iguales antes aludido. No en balde la burguesía rampante del XIX intentó canalizar y reducir la oralidad de las manifestaciones y la cotidianeidad culturales populares, valiéndose para ello de la extensión del sistema de enseñanza, de la imposición de su modelo como desiderátum o de la mera represión.

[Otra digresión: ¡qué poco táctil es el mundo occidental para lo cognoscitivo y comunicativo!].

**2.16.** La sensibilización hacia el *euskera* como medio eficaz de comunicación, y hacia la construcción de cultura en esta lengua, dentro de la voluntad de revitalización actualizadora que comparten sectores muy dispares en nuestra sociedad. Gracias al idioma espacios ausentes de la “Bilbao agenda cultural” editada por el Ayuntamiento (en que sólo La Fundación, Kafe Antzokia o la paraparroquial El Carmen Aretoa encuentran cierto eco junto a los espectáculos no alternativos y Bilborock), figuran en la mucho más completa “Bilbo berbetan agenda”, cuya sede es un centro municipal de distrito; con lo cual, por cierto, se otorga un mínimo reconocimiento a algunos carentes de normalización administrativa -y ni deseosos ni necesitados de ella para funcionar, como Kukutza Gaztetxea. No se trata de oportunismo, porque a excepción de algún cursillo de instrumentos autóctonos o similar suele estar ausente la vertiente estándar, tópica, de lo vasco, aún lastrada en parte por el folklorismo con que la tiñó la burguesía decimonónica. La dificultad lingüística, y el reto, está en desarrollar iniciativas de innovación oral o escrita autónomas de las realizadas en lenguas indoeuropeas (no sólo en el consabido castellano) de referencia literaria o escénica.

**2.17.** Presentan una voluntad explícita de *diferenciación* con respecto a los espacios culturales reglados y de gran formato y, en consecuencia, asumen la *defensa de su carácter minoritario*, a menudo considerándola indispensable para mantener su propia identidad dado lo rupturista de sus propuestas. Esto no supone en absoluto un deseo de marginalidad, en el sentido peyorativo del

término: o se autoconsideran complemento -tal la mayoría de los espacios escénico-plásticos-, o alternativa global capaz de sustituir operativamente a lo imperante (movimiento Gaztetxe- gazte lokalak). Esta situación se achaca a las presiones de las formas predominantes de pensamiento, consumo de ocio y, en su caso, vivencia sociopolítica; y a menudo, como derivación de ello, a la acción institucional directa -recorte o negación de subvenciones, en casos extremos (gaztetxes) desalojo policial- o indirecta, por exclusión de las programaciones de los centros de cultura que ellas mantienen.

**2.18.** De hecho, su grado de *dialéctica con las instituciones político-culturales* es vario.

- Los *principios* van del sentimiento de complementariedad, en aquellos espacios artísticos carentes de finalidad sociopolítica en sentido estricto, al planteamiento radical de la a-legalidad como exclusión del sistema (a fin de cuentas, la i-legalidad se encuadra en él).

- En la *práctica*, bastantes les solicitan subvenciones, ya para mantenimiento general del local, es decir, de su proyecto de programación, ya para actividades concretas, por lo común revistas, para ayudar a subsistir; en ningún caso cubren la mayoría del presupuesto.

Los promotores alternativos *no* consideran su misión suplir los equipamientos que las instituciones, con el Ayuntamiento a la cabeza, organizan o cuya gestión se atribuyen. Algunos de aquéllos (Lilura, Sarea) han asumido la acción sociocultural de barrio para responder a problemas graves de su entorno atendidos de modo insuficiente o deficiente por la red oficial que, como se indica en la comunicación presentada en esta Jornada al respecto, es todavía deficitaria en instalaciones y actividades descentralizadas.

Habrà que estar atentos a la evolución de los núcleos de alteridad en el próximo quinquenio, cuando es de esperar que, una vez realizado el grueso de las grandes inversiones culturales (Abandoibarra ante todo), se emprenda la atención a fondo de esa periferia urbana tan fragmentada en lo físico y lo sociocultural. Una planificación inteligente al respecto habría de considerar los problemas evidenciados por los alternativos, las vías recorridas por éstos y sus logros y carencias, a fin de articular una política de colaboración o, cuando menos, de no obstrucción que fomente la diversidad de propuestas. Articular equitativamente esta diversidad para hacer de nuestra villa un foco dinamizador a escala europea sin que por ello pierda su propia identidad es un difícil y apasionante reto.

**2.19.** La *dialéctica con la cultura reglada "clásica"* no es menos compleja.

**a)** En lo *conceptual* y en conjunto, es insísmica. La acrecientan la voluntad de investigación independiente, con un notable énfasis en la importancia del camino recorrido frente a la cuenta de resultados que cada vez más valora el sistema socioeducativo de corte occidental; y la globalización vivencial.

**b)** No obstante, llama la atención la *frecuencia de estudios superiores o práctica profesional* (artística o de otro tipo) *en ella* entre los promotores de estos espacios, con un comprensible predominio de Artes y Humanidades. He aquí otro factor contra el estereotipo peyorativo de marginalidad que gravita sobre estos colectivos.

- No creemos que la causa principal haya sido el desengaño, esto es, desdeñar el academicismo tras haberlo aceptado durante un tiempo más o menos prolongado. El recorrido intelectual suele ser inverso: un fermento de inquietudes acude a los centros reglados para proveerse de algunos conocimientos y, antes que nada, de utillaje mental y métodos de actuación específicos y complementarios para un posterior desarrollo autónomo de las propuestas de partida. Aumentan así la validez conceptual y, en lo posible, la viabilidad de las propuestas.

- Es importantísimo este toque de atención al sistema educativo en su conjunto. Invita a ampliar la habitualmente escasa porosidad de las instituciones de transmisión cultural establecidas y les propone temas de reflexión sobre su práctica: ¿qué buscan en ellas, y qué hallan, esos estudiantes?, ¿se les abren cauces no restrictivos para participar con sus propuestas culturales?, ¿en qué medida y por qué son éstas rupturistas?, ¿en qué y cómo se cooperaría para acercar el conocimiento, la investigación, y las realidades no predominantes de forma enriquecedora para todos?

**2.20.** Se comprende que no pocos, incluidos los más especializados, reserven lugar y horario a ensayos y *aprendizaje*, reglado (cursillos) o no. Esta característica, que subsidiariamente coadyuva a la supervivencia material del espacio, responde a su objetivo de dar cobijo a iniciativas interesantes que carecen de él y a la voluntad de propiciar el enriquecimiento cultural personal mediante el esfuerzo personal y la transmisión entre iguales.

Los alternativos vienen a recoger así -de modo consciente o no- una larga tradición cuyos orígenes se hallan en el asociacionismo político-cultural proletario inglés de comienzos del XIX, que arraigó en profundidad entre el último cuarto de esa centuria y la Guerra Civil entre los obreros de Bizkaia, ya por autoiniciativa -grupos de la Internacional, anarquistas-, ya por inspiración de las clases dominantes, con ayuda de la Iglesia católica. Tal movimiento era a su vez trasunto de la preocupación burguesa por la instrucción, que ha terminado por impregnar los más diversos sectores sociales. Con un matiz cualitativo esencial: aunque a menudo el formato sea académico (una persona instruye a receptores), el énfasis en la interactividad -debates, ensayos o performances en común, etc.- anula las barreras que para el conocimiento supone jerarquizar la comunicación entre “profesorado” y “alumnado”. La mejora recíproca que se consigue es un varapalo al adocenamiento de cierta docencia superior que, como hemos visto, en estos ámbitos es conocida de sobra.

**2.21.** En última instancia: *la actividad consciente, el ser*, por parte de quienes proponen y de quienes a ellos se acercan: imaginar, buscar, crear, antes que consumir y aceptar acríticamente. Plantea otro desafío: la enorme potencialidad de vías, que pueden llevar lejos de los presupuestos de partida... Y el ser, *con diferencias* de experiencia o capacitación *pero sin jerarquías* a la hora de elaborar, manipular, transmitir o rechazar los contenidos culturales.

A partir de aquí entramos de lleno en los presupuestos ideológicos, cuya explicación compete a los interesados. Antes de concluir, sí quisiéramos anotar unas últimas cuestiones para la reflexión:

- El viejo problema de toda innovación cultural: conectar la investigación teórica y la experimentación formal con las realidades cotidianas de la mayoría de la población, sobre todo cuando aquéllas van ligadas a una propuesta sociopolítica o vivencial integral. Llevándolo al extremo se plantearía la paradoja de terminar creando una “élite intelectual” quienes más abominan de ello; de ahí su insistencia en la acción y la práctica.

- Ligado a ello, el de eliminar los estereotipos con que definen estos espacios y a sus gestores bastantes de los no afines a ellos, con el machadiano “desprecia cuanto ignora”. Entre otros comentarios escuchados por quien esto escribe cuando charlaba sobre la preparación del Simposio: «raros [luego incomprensibles, cuando no peligrosos]», «sólo jóvenes», «grupúsculos irrelevantes», «caóticos», «negativos por principio», «realizan acciones llamativas para disimular su carencia de habilidad o contenidos», «demasiado politizados, no hacen verdadera cultura», etc., etc. Al igual que en otros puntos, topamos con la vidriosa cuestión de la (in)tolerancia cultural en sentido extenso, cuyo planteamiento erróneamente solemos limitar a las minorías étnicas.

- La necesidad de coordinación de esfuerzos para quebrar algunas de las trabas materiales. No está exenta de problemas: la dispersión que puede suponer la actual yuxtaposición de redes de contacto, no siempre entrecruzadas; el territorio de su acción (¿Bilbao-ciudad, Bilbao-metrópoli, Euskal Herria y/o el Estado español?) y los condicionantes previos (¿centrarse en la cultura euskaldun, en la creación de autor/a, en el pequeño formato...?); los matices que una manera “clásica” -tendente a la unificación- de cooperación podría imponer a la propia identidad y, a la inversa, cierta estanqueidad que sobrevendría de tener áreas de actuación muy especializadas...

- La posibilidad de un “salario cultural” que permitiera a los artistas y/o gestores de espacios alternativos liberarse para la acción y rendir lo mejor de sí mismos; distinto de la subvención, pues ésta se suele dirigir más bien a iniciativas o productos ya realizados o con plasmación a plazo relativamente corto. Comparando y no igualando, recuérdense los resultados que rindió la decisión de invertir en becas de formación y mantenimiento de deportistas de cara a la olimpiada barcelonesa.

Lo que falta nos será contado por varios de sus protagonistas en las páginas que siguen, y por el resto en los lugares donde se expresan. Y, antes que nada, ha de ser realizado por ellos y por nosotros, en una interacción que convierta a cada persona en un espacio de fermento de cultura. Es más sencillo sentirlo que decirlo: las admitamos o rechacemos, sus propuestas sacuden nuestros esquemas preconcebidos y nuestra indiferencia acomodaticia, y esa vivencia personal nos transforma, enriquece y humaniza.